

Gramsci: Prolegómenos filosofía y política

Francisco Piñón, México, Centro de Estudios
Sociales Antonio Gramsci, 1987, 375 pp.

I

Tal vez el pensador más importante en el campo de la filosofía política marxista de nuestro tiempo sea Antonio Gramsci. Cuatro hechos significativos hacen de él un pensador singular.

— Es el único de los grandes teóricos revolucionarios que fue de extracción humilde y que vivió sus primeros años al lado de grupos pobres, incluyendo a sectores obreros. Lukács, Korsch, Mehring, Plejanov para citar sólo unos pocos de su generación, venían de hogares burgueses y acomodados, cuando no de ricos terratenientes.

— Gramsci, solamente con Lenin, encarna la perfecta unidad entre la teoría y la práctica. Ellos no fueron filósofos universitarios sino que hicieron la teoría desde el angustiado y cotidiano instante de la batalla política. Sus luchas prácticas y sus consecuencias teóricas hacen que sean casos únicos en los que los filósofos no se contentan con pensar el mundo sino que se lanzan a la tarea de transformarlo.

— Antonio Gramsci es, con la excepción de Labriola, el primer marxista que no se inspira solamente en las fuentes de los clásicos, sino que está profundamente influido por los pensadores de Occidente especialmente de la cultura italiana como Maquiavelo, Benedetto Croce, Manzoni, etcétera. Aunque Labriola es un buen antecesor no se dejan sentir en sus escritos las influencias de la cultura tradicional italiana, ni mucho menos de sus clásicos.

— Finalmente, este autor, en el terreno complejo del materialismo social, piensa a la política desde su propia interioridad, o lo que es lo mismo, desde el reino de su especificidad. Los anteriores filósofos, tal vez con alguna excepción, reflexionaron el discurso político desde su exterioridad, desde

la orilla opuesta del economicismo o del sociologismo, tan en boga en los últimos años del siglo pasado. El discurso de Gramsci, por el contrario, permite el posterior desenvolvimiento del materialismo histórico porque deja reflexionar el universo político desde el multiforme mundo de las ideologías, sin descuidar los fundamentos básicos de las ciencias sociales.

Por estas y otras razones valederas el pensamiento de Gramsci ha cobrado una enorme actualidad y se puede afirmar que se ha convertido en lectura indispensable no sólo para los estudiosos de la filosofía y la política sino para todos aquellos que tienen interés en las ciencias sociales. La literatura gramsciana ha tenido un desenvolvimiento destacado en México a lo largo de las numerosas publicaciones que se han hecho de libros en las principales editoriales y en revistas especializadas (*Dialéctica*) que se ocupan con cierta periodicidad de la vida y la obra del gran pensador italiano.

Ahora tenemos frente a nosotros un extenso y cuidadoso estudio sobre Gramsci y su obra, hecho por el doctor Francisco Piñón Gaytán, profesor titular de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, y director del Centro de Estudios Sociales Antonio Gramsci de la ciudad de México.

El libro tiene 375 páginas y se ocupa de los más variados aspectos de la vida y la obra del italiano. En la primera parte estudia las diversas interpretaciones que se han hecho de su obra, la época cultural e histórica en que transcurrió su vida y los acontecimientos políticos más destacados que le tocó vivir; sus luchas con los partidos comunista y socialista, así como sus trabajos en el periodismo político o en la vida sindical. Con este marco histórico cultural se hace posible comprender el desarrollo teórico de Gramsci cuya filosofía estuvo siempre

vinculada a los hechos objetivos de su tiempo. En la segunda parte, Piñón, analiza algunas de las influencias más protuberantes que influyeron en la vida intelectual de Gramsci, principalmente desde la orilla del idealismo representado por Hegel, maestro indiscutible de varias generaciones y especialmente por la de Benedetto Croce a quien tanto debe Gramsci no obstante la diferencia de sus pensamientos. El autor de los *Cuadernos de la cárcel* supo aprovechar las enseñanzas de Croce, filósofo de la realidad europea, que por más de medio siglo observó la historia y la filosofía en los hechos concretos de su tiempo. Sin embargo, Gramsci siempre asumió una actitud crítica contra el pensador idealista porque no logró tomar distancia de los intereses burgueses de su tiempo, ni menos del fascismo que acabó por devorar a Italia, con su complicidad y la de muchísimos intelectuales.

En la tercera parte, la obra se ocupa de los trabajos que integran el acervo del ideario gramsciano en donde radica la originalidad de su pensamiento y sus grandes aportaciones a la filosofía y a la política. Son analizados con detenimiento la teoría del conocimiento, el concepto de totalidad que implica la unidad de pensamiento y realidad, la filosofía de la praxis, el análisis histórico y los conceptos de intelectual, hegemonía y sociedad civil.

Finaliza el trabajo de Francisco Piñón con la sección de Apartados, a manera de epílogo, donde aparece un estudio sobre "La sociedad civil en el pensamiento de Hegel", "La nación de los nacionalistas y el nacionalismo de Mussolini", y además, el moderno príncipe, la crítica marxista de la religión y los aspectos en que el pensamiento de Gramsci y las circunstancias italianas parecen coincidir con el México contemporáneo.

El trabajo del doctor Piñón Gaytán es un estu-

dio muy meritorio por el deseo de ordenar de alguna manera la obra de Gramsci, cosa nada fácil por el estilo peculiar del autor. Las adversas circunstancias de la vida de Gramsci dificultaron su labor de escritor por los accidentados años de su militancia política, y luego por las muy limitadas condiciones en que le tocó trabajar durante los largos años de cautiverio. Sorprende la erudición y la paciencia investigativa del doctor Piñón pues ha consultado minuciosamente todo lo que la bibliografía italiana ha dicho de Gramsci, que no es poca cosa. Es una labor altamente loable dedicar varios años a la investigación de un autor, máxime cuando éste desentraña problemas que tienen significación en nuestro medio latinoamericano. Además la obra del estudioso mexicano tiene un mérito descollante puesto que nos entrega una visión de la obra de Gramsci interpretada con gran imparcialidad y pulcritud de juicio, cosa difícil en nuestro medio intelectual. Es corriente y bien sabido que muchos trabajos filosóficos ejercen violencia conceptual sobre el autor investigado para acomodar su pensamiento a transitorias e interesadas circunstancias históricas. Piñón Gaytán no incurre en este vicio. Por el contrario ha acallado sus propios intereses con el loable fin de entregarnos un Gramsci verdadero.

El nos presenta un Gramsci actualizado y completo, borrando las interpretaciones equivocadas que hasta hace poco fueron corrientes y que negaban la estirpe marxista del pensador sardo, o aquellas que le restaban importancia teórica y conceptual por la fragmentación y desorden de sus escritos.

Muchas serían las cosas importantes que podríamos decir del cuidadoso trabajo elaborado por Piñón; sin embargo, como se trata de un libro de buena envergadura y con asertos que llaman a la reflexión

y al debate, hecho que habla bien del texto, quisiéramos hacer algunos comentarios.

A lo largo de todo el libro Piñón analiza el origen idealista del pensamiento de Gramsci especialmente en cuanto a Croce se refiere. Se cuida, por lo demás, de poner de manifiesto y citar los juicios críticos que Gramsci emite contra su maestro. Este procedimiento nos haría pensar que la única senda para llegar al marxismo es el camino del idealismo, más si se tiene en cuenta la enorme deuda que Marx contrajo con Hegel y que fue suscrita igualmente por otros pensadores tan significativos como Luckács o Bloch. Sin embargo no es de los aspectos más negativos de la metafísica hegeliana de donde descienden los marxistas, sino del Hegel superado por la crítica certera y constructiva que Carlos Marx hace contra la totalidad de su obra. Sin un discípulo tan aventajado como Marx la obra de Hegel, para la posteridad, se hubiera perdido en la noche oscura de la metafísica como le ocurrió a Fichte y a Schelling. Hegel sigue produciendo hondas resonancias en nuestra conciencia pero ellas son más bien los acentos renovadores de Marx que reniega de la inútil y aburrida hipótesis del Espíritu. Aunque Francisco Piñón en el "Prefacio" afirma que Gramsci "es un pensador marxista para quien los libros de Marx son una línea por seguir o una inspiración constante, no una simple letra por interpretar" (p. 5), a lo largo del texto olvida la presencia de Marx y vuelve una y otra vez sobre las influencias idealistas que se superan en el pensamiento de Gramsci. El idealismo tiene un gran peso específico en la formación de Gramsci, al igual que la vieja cultura católica de Italia, pero desde los años de su juventud, al terminar sus estudios universitarios en noviembre de 1914, asume la actividad revolucionaria y se hace redactor del semanario socialista *Grido del popolo* pu-

blicado en Turín; además multiplica sus contactos con los obreros de las fábricas mostrando que ya había asimilado las enseñanzas de Carlos Marx.

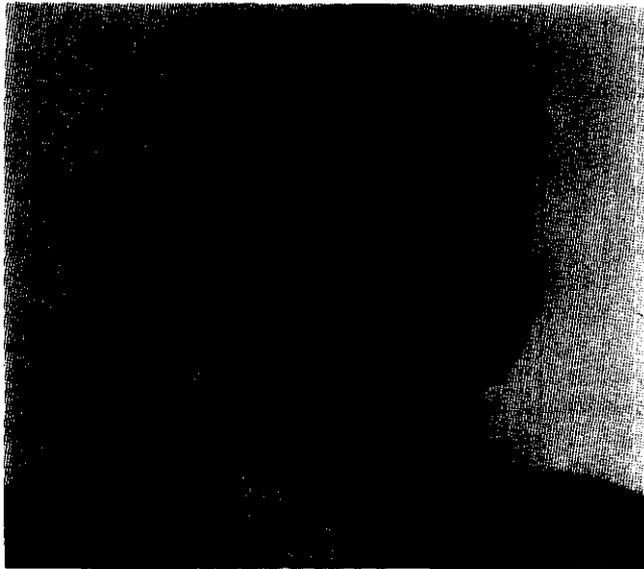
Pasando a otra cuestión más adjetiva, estamos de acuerdo con Francisco Piñón en destacar con fuerza que Antonio Gramsci fue leninista por todos y cada uno de los argumentos que el autor presenta (pp. 25-32). Gramsci supo acomodar con talento y creatividad el pensamiento de Lenin a la circunstancia típica de un país latino tan diferente de Rusia como la Italia católica. Sin embargo, creemos que hubiera sido conveniente poner más el acento en la actitud vital humana que encontramos en Gramsci, que lo hermana con Lenin, ya que ellos parecen ser casos únicos, tal vez irrepetibles, en que la acción práctica, la fuerza que se ejerce sobre el mundo a lo largo de la lucha política, en medio de las vicisitudes de la cotidianidad, se proyectan correctamente en una teoría que renueva cada vez más las nuevas prácticas revolucionarias. Esta actitud vital, humana, independientemente de sus desarrollos teóricos-conceptuales, cumple con la intención transformadora del mundo que ni el propio Marx logró encarnar. Aunque Lukács y Karl Korsch se comprometieron en acciones política, nunca dejaron de ser profesores o intelectuales teóricos del marxismo. Es solamente con Lenin y Gramsci que la vida política se hace filosofía y la filosofía se encarna en la política. Ellos consiguen la unión indisoluble entre la teoría y la práctica, fenómeno difícilmente repetible en un mundo en que el marxismo es tarea de los filósofos universitarios y la acción de los políticos profesionales.

Cuando Francisco Piñón estudia las condiciones histórico-culturales en que se movió Antonio Gramsci, hace un análisis en extremo débil del fascismo y los intelectuales. Piñón cree que el des-

encanto por la crisis de valores de la sociedad burguesa llevó a los intelectuales a acercarse al nacionalismo y futurismo, brazos refinados y selectos del fascismo. La ausencia de virtudes en la sociedad los arrinconaba a tomar las migajas de una ideología que desde el principio mostraba los colmillos de la incultura. Pero es oportuno recordar que esos valores relajados del mundo burgués fueron los que condujeron desde el conservadurismo a Lukács, Korsch y al mismo Gramsci a adoptar las posiciones del socialismo marxista. La gran crisis espiritual que acompañó a las depresiones económicas en los años inmediatamente anteriores a la primera Guerra Mundial y luego en el periodo entre las dos guerras, explican el surgimiento de obras cuya germinación solamente se comprende por su espíritu crítico y la vehemencia con que levantaron su voz contra un mundo en decadencia. Esta reacción no solamente cubrió el territorio, siempre atento, de la filosofía sino que se manifestó igualmente en el arte. Si Marinetti y los futuristas se entregaron al retozo fascista ante el desencanto burgués, intelectuales más formados y conscientes como Bretón o Luis Aragón, crearon obras inmortales que se alimentaron de un sano moralismo que rechazaba la escala de valores de los arribistas italianos. La gran novela de nuestro siglo escrita por Joyce y Kafka surge de los desencantos y de la conciencia atormentada de los artistas ante los valores en crisis. Frente al fracaso burgués, los artistas agrupados en París en la primera posguerra, buscaron fuentes de inspiración que no fueran las tradicionales de la cultura occidental y se preocuparon por la negritud y los vestigios de las culturas americanas. De esta época es la traducción del *Popol-Vuh* hecha por Georges Raynaud, la pintura negra de Picasso y muchas de las mejores expresiones del vanguardis-

mo. La afiliación de los intelectuales al fascismo más bien fue un fenómeno de lucha de clases en el que el temor a la revolución socialista reunió a una intelectualidad de derecha bien dibujada. Ellos no eran producto circunstancial del fascismo sino los firmes soportes de una política que atraía a hombres de la derecha como Heidegger, Marinetti, Pirandello, Gentile y al propio Benedetto Croce. Por eso es cuestionable la afirmación de Piñón de que "el movimiento fascista respondía a una *necesidad real* enclavada en lo más profundo de la sociedad italiana" (p. 53). El mal en la vida de los pueblos no es una *necesidad real* sino una fatalidad que debe ser combatida. 🙏

Juan Mora Rubio



II

Se podría decir que las fábricas gigantescas determinan una zona de silencio de la que el obrero no puede salir y en la que el intelectual no puede más entrar.

Antonio Gramsci

Quien se proponga escribir unos prolegómenos ya para esta o aquella filosofía o aun para la propia, deberá partir de dos presupuestos. El primero es tener la firme convicción de que una filosofía nunca ha sido del todo suficientemente comprendida aun en los estrechos círculos de quienes, presuntamente, se dicen ser los más grandes conocedores de ella. El segundo radica en la ostentación que puede mostrar el prolegomenista al querer señalar que, una filosofía determinada no es una montaña escarpada a la cual sólo tienen derecho quienes pretenden asumirse como los herederos legítimos de la verdad de un filósofo.

De acuerdo con el segundo presupuesto la inquietud de establecer unos prolegómenos es doble, pues implica a su vez un intento de propaganda y divulgación de una filosofía entre los no especialistas. Intento de propaganda y divulgación en el cual el prolegomenista deberá cuidar no cometer el pecado de reducir la filosofía que constituye su objeto de exposición, a una esquematización burda que poco la favorezca. Deberá cuidar pues, el no hacer una caricatura o una vulgarización de dicha filosofía. Y deberá, por otro lado, ofrecer una visión particular, es decir, su punto de vista sobre las problemáticas más agudas de la filosofía a tratar.

Para el caso de los *Prolegómenos* que escribirá Francisco Piñón sobre la *Filosofía y la Política*

de Antonio Gramsci, es posible establecer que su intención e inquietud van de acuerdo al segundo presupuesto aquí señalado para estudios e investigaciones de este orden; es decir, para un tipo de propuesta a publicar que se realiza con el objetivo de introducir, especialmente a un público no especializado, a una determinada filosofía. Pero la inquietud de Piñón, si bien en primera instancia, es la de difundir lo más ampliamente la filosofía política del militante revolucionario italiano en nuestro país, es posible constatar —a través de la lectura del texto que se comenta— que esa inquietud va mucho más allá de toda limitante introductoria a la temática gramsciana. De ahí la necesidad de enfocar estos comentarios a un plano totalmente diferente al acre señalamiento sobre la validez o no que tendría para este momento una publicación de este tipo referida al caso Gramsci.

De entrada es necesario establecer que para nosotros la lectura hecha por Piñón en torno a la *Filosofía y la Política* en el marxismo de Gramsci, trasciende a Gramsci mismo en tanto que, esta lectura es más bien la inquietud que nos muestra el propio Piñón de querer establecer un debate al interior de lo que se podría denominar el gramscismo como lo que es hoy aquí y en otras latitudes del mundo: un movimiento de diversa aceptación teórica y práctica. Es decir, de establecer una confrontación de posiciones en referencia a las lecturas existentes sobre el caso Gramsci así como a las prácticas políticas que se justifican a partir de la lectura hecha al marxismo o a la concepción del socialismo en Gramsci. En pocas palabras, lo que observamos en este estudio, es que Francisco Piñón propone que por hoy toda lectura sobre Gramsci implica el considerar —tomando el distanciamiento pertinente— las diversas interpretaciones que se hayan gene-

rado al respecto de la teoría revolucionaria de Gramsci. Y, en otro sentido, el que se acepte el reto que representa la necesidad de emprender a la vez un balance crítico sobre lo que sería (recurriendo aquí a un término no del todo afortunado), la *recepción* que ha tenido esta teoría a cincuenta años de la muerte de su fundador. Es decir, de hacer un balance sobre el carácter *Fur Ewing* del pensamiento de Gramsci.

En este sentido Piñón se echa a cuestras establecer un estudio crítico del gramscismo a partir de Gramsci. De ahí el por qué de establecer la preocupación de formular una nueva tematización para leer a Gramsci a través de Gramsci. De esta forma diremos que su propuesta es interesante y relevante en tanto que es un trabajo crítico, producto de la confrontación de otros planteamientos elaborados para hacer de Gramsci un pensador “accesible”. Estudios cuya ambición central era de algún modo también introducir a los “simples” al marxismo de Gramsci. Piñón muestra de esta manera, que él no sólo se remite al pensador y al pensamiento que constituye su objeto de estudio y de análisis, objeto a interpretar de acuerdo a su “texto y contexto” así como de acuerdo a su “tiempo histórico y sus fuentes”, sino buscar a la vez nuevos interlocutores quienes en algunos casos, digamos la mayoría, de acuerdo con Piñón, desobedecen o prescinden de esta fundamental premisa de interpretación.

Ahora bien, creemos que lo que constituye la piedra de toque de la metodología de investigación-exposición que Piñón formula como *perspectiva dialéctica-fenomenológica-existencial*, en efecto puede ser autosuficiente. Pero para el caso de la filosofía de Gramsci éste no sería el problema. Creemos que no es correcto, al basar una reconstrucción del pensamiento de Gramsci, prescindir de toda pers-

pectiva ontológica o materialista. Y cabe recordar que Gramsci fue fiel a la filosofía de Marx al no abandonar en momento alguno el elemento materialista que caracteriza a la filosofía de la praxis. Por otro lado, la metodología o perspectiva empleada por Piñón al no decir nada de ella, lleva al lector al infinito universo de la especulación o al presupuesto que éste, es decir, que el lector podrá deducir los fundamentos de dicha perspectiva a lo largo de estos *Prolegómenos*. Piñón, pues, al no establecer los fundamentos de su método o perspectiva, como él lo denomina, comete un grave pecado: dejar a simples y especialistas en las áridas arenas del desierto de la especulación, pues quienes lean estos *Prolegómenos* seguramente se preguntarán, y con justa razón, qué se quiere decir con esto de *perspectiva dialéctica-fenomenológica-existencial*. Debe decirse algo puesto que no es un simple juego de palabras.

Los interlocutores con los cuales discute y polemiza Piñón, al prescindir, al no leer a Gramsci de acuerdo a su "texto y contexto" y de acuerdo a su "tiempo histórico y sus fuentes", nos ofrecen, en algunos casos, una visión sobre la filosofía y la política en Gramsci, curiosamente similar a los productos de los artistas que Platón exigía debían ser expulsados de su República. Esto es, nos dan interpretaciones de las interpretaciones de las cuales, en ciertos casos, la suerte de Gramsci no ha sido del todo afortunada.

La respuesta a esta problemática, es decir, la de esa poca fortuna que han sufrido los planteamientos gramscianos, nos la ofrece el propio Piñón al decir que al marxismo de Gramsci no se le puede reducir a un simple planteamiento conceptual a partir del cual, y al igual que las filosofías monistas, sea posible deducir el orden bajo el cual se suscribe y desarrolla esta filosofía política.

Y quizá radique en esto último el más importante y significativo elemento que permita valorar el esfuerzo de Francisco Piñón de hacer unos *Prolegómenos* a la *Filosofía* y la *Política* de Antonio Gramsci. Piñón lo que quiere es dibujar a Gramsci de cuerpo entero y romper con ello, de una vez por todas, aquella aguda sentencia que estableciera Giuseppe Fiori en su reconocido estudio biográfico del filósofo marxista italiano del que aquí hablamos. Es decir, Piñón quiere mostrar que Gramsci es un pensador que siempre tuvo piernas y cuerpo. Y que por tanto lo que sobre él se escriba debe ser bajo tal consideración y no con la de quererle agregar a esa cabeza alguna parte faltante de su estructura humana.

Para nosotros, y en esto estaríamos de acuerdo con Piñón, los cada vez más numerosos estudios sobre la teoría y práctica política que desarrollara Gramsci, son trabajos que en cierta medida no han hecho más que, permitiéndonos seguir aquí con el juego de la metáfora que formulara Fiori sobre la suerte de Gramsci, agregarle más partes a su cuerpo. Hemos podido observar cómo se han publicado diversos y variados estudios sobre el pensamiento de este militante revolucionario, pero ahora, al parecer, vamos encontrando que por lo general éstos han tenido por pretensión fundamental, el querer aclarar toda la filosofía en cuestión, a través de su reducción a un concepto adoptado como central al interior de la tematización gramsciana; concepto que bien podría ser el de "bloque histórico", "hegemonía", "revolución pasiva", "intelectual" o cualquiera que corresponde a dicha tematización.

Cabe decir que el grueso de este tipo de estudios e investigaciones se bien fueron o siguen siendo en parte relevantes para la bibliografía gramsciana, mostraban, justamente por reducir toda la

atención en un concepto adoptado como central, alguna parte del cuerpo de Gramsci y no al Gramsci de cuerpo entero. En pocas palabras, debemos recordar que Piñón se encuentra en lo justo al proponer un recurso metodológico para el estudio de la teoría política de Antonio Gramsci: recurso que tiene por premisa el no pretender encerrar a la filosofía de Gramsci en conceptos.

Francisco Piñón conocedor profundo del pensamiento de Gramsci así como de la historia y de la cultura italiana, percibe, a través de su libro *Gramsci: Prolegómenos, Filosofía y Política*, esta problemática, y quiere, por tanto, ofrecer un filósofo marxista de cuerpo entero. De ahí que para él ningún concepto que forme parte del *léxico gramsciano*, por importante y fundamental que llegue a ser, deberá ser adoptado como la síntesis de su filosofía; y mucho menos como el punto de Arquímedes a partir del cual se puede reconstruir tal filosofía. Es decir, de hacerla, formalmente hablando, sistemática. Es pues por esta razón que el autor de estos *Prolegómenos* nos advierte desde el Prefacio que “Antonio Gramsci no es un pensador de gabinete. No se le puede encerrar en moldes fijos. No es un filósofo de ‘profesión’ que discute ciertas tesis, sino un militante filósofo que analizando su realidad trata de animar un determinado proceso social en orden a ir creando los instrumentos de una nueva sociedad”.

En otros términos Piñón sugiere, acertadamente, que toda lectura sobre Gramsci debe hacerse a partir de ver en él a un “militante filósofo”, a un hombre de su tiempo que, “inspirado” en la obra de Karl Marx, se entrega a la tarea de pensar a la *Política*. De pensar a la política no con la inútil perspectiva de hacer gimnasia académica, sino con la profunda convicción de que la revolución socia-

lista es un hecho *inmanente*. El pensar la política para Gramsci implicó, pues, reflexionar, hacer filosofía, hacer ciencia política desde una teleología revolucionaria. Es decir, encuadrar pensamiento y acción al interior de una tradición que nace con el propio Marx y en donde el llamado devenir histórico en todo momento quedará marcado por la fuerza de un nuevo “mito”; mito que, no podría ser otro más que el del “Moderno Príncipe”. “Al proponer Gramsci —anota Piñón— al Príncipe de Maquiavelo como modelo de su nuevo Príncipe, al instruir al moderno Príncipe como *mito-príncipe*, lo hace conscientemente como *instrumento de lucha*; de acción, de creación de una voluntad colectiva nacional popular, que, como el Príncipe de Maquiavelo, no se debe dejar vencer por la ‘fortuna’, sino por su ‘*Forza y Buone Leggi*’ (coactividad y consenso) y trate de llegar a ‘*nuevi ordinamenti*’, es decir, a un orden nuevo.”

Para Gramsci la inmanencia es así sinónimo de revolución. Es, en otros términos, punto esencial del *subjetivismo* a partir del cual se desarrollará toda su concepción sobre la filosofía de la praxis. De esto se desprende el por qué de la necesidad de desarrollar dicho punto esencial. Del por qué Gramsci, cosa que observa Piñón a lo largo de dichos *Prolegómenos*, centrará toda la fundamentación de su filosofía política en el *elemento voluntario*. “La revolución —escribe Piñón— estaba ya presente. No había que esperarla. No podía, de ninguna manera, soslayarse. Las condiciones de lucha y los diferentes campos estaban dados. El escenario estaba puesto. Pero era un escenario donde los hombres eran los principales actores. Gramsci estaba consciente de que había que aprovechar el momento. No se podía permanecer en una sola contemplación de la realidad. Urgía el elemento *volun-*

tario sobre el elemento *objetivo*". Como más adelante lo escribiría en sus *Quaderni*: "Prescindir de todo elemento voluntario y calcular solamente la intervención de otras voluntades, como elemento objetivo del juego general, mutila la realidad misma".

En resumen, todo el análisis hecho por Francisco Piñón sobre la filosofía y la política en Antonio Gramsci, es un remarcamiento de la problemática del hombre como sujeto de la historia. De ahí que sostenga, enfáticamente que "la filosofía política de Gramsci parte de sujetos reales, ampliando su mundo operacional e histórico". De esta manera el libro de Piñón se inserta en una polémica que en nuestro medio no es posible decir que por hoy, a pesar de su ninguneo, ha concluido del todo. Polémica en la cual se define la posición de Piñón al suscribir como propios los planteamientos gramscianos referentes a esta problemática. Lo que pretende Piñón es ". . . subrayar, siguiendo el pensamiento auténtico de Marx, una unidad muy simple", y tal vez por esto escondida en demasiados subterfugios académicos que le quitan hasta cierto punto, su peligrosidad: que es el hombre, en su trabajo concreto el que construye, al fin de cuentas, la historia. Y que es "la libertad del hombre", como escribe Gramsci, en contra de todos los positivismo y economicismos, "la fuerza *inmanente* de la historia que hace saltar todo esquema preestablecido. Libertad que no está ni por encima ni debajo de la historia sino que es esa misma historia en lo que tiene de ruptura y oposición". Referencias como éstas las podemos multiplicar aquí, pero preferimos solamente anotar ésta como ejemplo de la directriz que sigue la exposición de Piñón en estos *Prolegómenos*.

Quedará, por último, hacer dos observaciones finales. La primera de ellas se refiere a una temáti-

ca que pensamos es central en la exposición de Piñón: la cuestión religiosa. En el análisis de Piñón sobre el problema religioso en Gramsci se presenta un inconveniente: prescindir de todo elemento filosófico y por tanto de todo elemento material. Piñón afronta y enfoca esta problemática a través de la política en Gramsci, pero como sabemos la cuestión religiosa en Gramsci no se agota solamente con cuestionamientos de orden táctico. Es decir, pensamos que es necesario seguir las deducciones que se desprenden de la concepción materialista que caracteriza a la filosofía de la praxis en Gramsci; y esto significa el continuar con la tradición del socialismo crítico. "No vale la pena —escribe Gramsci el 21 de junio de 1986— recordar que el socialismo crítico descansa sobre la roca granítica del idealismo alemán del siglo XVIII, que, aunque no coincida con la moda positivista, ha guillotinado la idea de Dios."

Como sabemos, la cuestión religiosa ha adquirido, a través de los tiempos, múltiples complicaciones, múltiples debates, así, múltiples enfoques. Piñón, sobre esto último, al hacer algunas acotaciones en referencia a esta cuestión, las orienta hacia la táctica política propuesta por Gramsci como resultado de sus análisis y estudios sobre la historia y la cultura popular italiana. Planteamiento tácito que se puede resumir en lo siguiente: analizar a la religión como un fenómeno de hondas raíces culturales, populares y nacionales; destierro, por parte de comunistas, de toda práctica jacobino-radical, es decir, supresión de prácticas anticlericales y, por último, seguir considerando —al igual que Maquiavelo— al Vaticano como un enemigo a vencer.

No queriendo profundizar más sobre la cuestión religiosa en Gramsci de acuerdo a la lectura hecha por Piñón, dejamos abierta una polémica en

la cual sólo anotamos nuestro punto de vista: no prescindir del elemento material que es considerado por nosotros como la fundamentación racional de toda filosofía de la praxis de Antonio Gramsci. Pasamos así a nuestro último punto a comentar. Para Piñón el concepto de “transformismo” puede ser aplicado al caso mexicano, especialmente para el análisis de la relación de los intelectuales y el Estado mexicano. Nos da a entender así el autor de estos *Prolegómenos* que toda historia de los intelectuales mexicanos debe considerar dicho concepto. “En México —observa Piñón— también, como en Italia, Gramsci lo señalaba, hemos asistido a lo que él llamaba el transformismo o sea, la absorción gradual, pero continua, de los intelectuales de las clases subalternas y hasta los grupos adversarios que parecían irreconciliables a la clase política dirigente. Muy significativo ha sido en México, la integración a los cuadros del gobierno de varios intelectuales de ‘izquierda’ inclusive en sus años de docencia universitaria se pasan después a vivir del ‘presupuesto’.”

Las observaciones de Piñón sobre este problema —contrastando dos realidades, la de la Italia de Gramsci y la del México actual— son, en momentos, sumamente agudas y muestran que es posible —a través de la filosofía y la política en Gramsci— emplear (para el análisis de nuestra realidad con base en ese planteamiento teleológico revolucionario del que hablábamos con anterioridad) determinados conceptos y categorías acuñadas por Gramsci. Pero,

siempre y cuando se guarden las proporciones y las especificidades de cada realidad social, evitando caer así en un mecanismo burdo. Y, por otro lado, de leer al marxismo de Gramsci al igual que él consideró a la filosofía de la praxis en su fundador: como un canon de interpretación histórica que pretende romper con la “inercia del proletariado”

Ahora bien, ya para terminar, el transformismo al ser aplicado al caso de los intelectuales en México, puede ser productivo para su comprensión. Pero, debemos decir que en el nexo intelectuales-Estado en México los caminos de dicho transformismo son abiertos e infinitos y, por tanto, sujetos a múltiples matices; y que, por otro lado, debemos aceptar la existencia de una “historia oculta” de grupos intelectuales en este país. Ya que en México la categoría de intelectual tal y como la entendía Gramsci, no se agota en la figura del “gran intelectual”, es decir, del intelectual preocupado de defender a la libertad por la libertad misma, o del intelectual que se “arriesga” publicando “polémicas teóricas” sobre el por qué de la necesidad de pensar la democracia por fuera de toda adjetivación. Aceptemos, pues, que existe una “historia oculta” cuyo ejemplo más representativo lo constituye la teoría y práctica de José Revueltas. Es decir, de un tipo de intelectual que busca romper ese cerco, esa división que limita a la “zona del silencio de la que el obrero no puede salir y en la que el intelectual no puede más entrar.” 

Jorge Velázquez Delgado